**Siempre él**

Otra vez más, como todos los días, como todas las mañanas, da igual invierno que verano, primavera que otoño. Siempre es igual, siempre esta angustia insoportable, asfixiante. Una angustia que me oprime el corazón al saber que lo voy a encontrar nada más pisar la calle. Sólo el breve descanso que me da el sueño me evita caer en la locura. Y a veces, hasta el propio sueño, dominado por el temor y el estrés de la vigilia, se vuelve oprimente. Y me despierto sudando, boqueando angustiado, buscando, como el pez sacado del agua, un sorbo de aire. Y así un día y otro, sin descanso. Aferrándome a una leve esperanza de liberarme de él y encontrar calma para mi corazón, paz para mi alma.

Termino de ponerme la chaqueta y me dirijo a la cocina para tomar el primer café de la mañana. Ese café que me ayuda a alejar el sopor del sueño y a soportar el agotamiento producido por un descanso intermitente y poco reparador.

Bajo en el ascensor con el corazón encogido, soñando con el milagro de que un día abra la cancela del portal y todo haya cambiado, y él ya no esté allí, como todos los días, esperándome impasible para echárseme encima y, rodeándome con sus fuertes brazos, estrujarme y aplastarme sin compasión. Porque él no tiene compasión, no sabe de sufrimientos ajenos, carece de corazón. Él es como es, y no puede ser de otra manera. Su propia esencia es ser así: dominador, angustiante, insoportable, destructivo, carente de piedad, sin alma…

Me voy acercando al portal y ya lo voy percibiendo. Ya intuyo su presencia amenazadora, y siento unas ganas casi irresistibles de volverme, de subir nuevamente en el ascensor y entrar en casa, y meterme en la cama y dormir, dormir, dormir… Dormir para olvidarlo, para no verlo, para no sentirlo, para no sufrirlo. Pero no, no lo hago. Sé que no debo hacerlo, que no puedo dejarme dominar por su insana fortaleza, aun siendo consciente de que, algún día, él termine por aplastarme definitivamente y me conduzca a la locura, o a la propia muerta.

Su residencia es el mundo entero. Vive en todo el mundo y triunfa en todo el mundo. También en mi ciudad, claro está, por eso me espera, permanentemente, a las puertas de mi casa. La ciudad es grande, excesivamente grande, y por eso este es su lugar natural, su dominio, donde él se alimenta y vive como dueño y señor. Pero, aun así, o quizás por eso, por su enorme tamaño, aun cabe la posibilidad de encontrar, en la propia ciudad, breves espacios donde perderlo de vista y, en ocasiones, lo consigo. Consigo no verlo, no sentirlo, no sufrirlo. Es solo un breve respiro. Pero son estos breves respiros los que me permiten, aunque sea casi imperceptiblemente, sentir esa ligera esperanza de escapar a su dominio inmisericorde, a su dictadura cruel, desgarradora, sangrante…

Y, a pesar de todo, hay otros muchos que lo conocen y viven con él sin angustias. Aparentemente, ríen y disfrutan con él y no pueden entender su vida sin él. Día a día, sin descanso, sienten su abrazo, su pestilente respiración envolviendo sus rostros, sus corazones, sus almas… Y no les importa su presencia, su cercanía, su contacto, todo lo contrario, veo como lo abrazan, como le muestran insensatamente su afecto, como, incluso, sienten miedo de perderlo, de que se pueda alejar de ellos, de que deje de formar parte necesaria e insustituible de sus vidas. Son unos pobres ignorantes, unos necios, incapaces de darse cuenta de las terribles garras en las que se encuentran prisioneros. Sin entender que esta actitud de concordia que con él mantienen les arrastra, irremisiblemente, a su propia decadencia humana y moral, a su propia autodestrucción.

Y es que su gran habilidad, su astuto y pérfido plan, consiste en ir penetrando, poco a poco, dentro de ti, rompiendo tus barreras interiores, destrozando todas tus defensas, hasta que, como una inmensa riada, te inunda totalmente por dentro, destrozándolo todo, pervirtiéndolo todo. Y una vez que se asienta en tu interior se convierte en una terrible droga. Y al final ya no queda nada de ti, de tu auténtico yo. Terminas siendo dominado, esclavizado. Y ya no puedes respirar sin él, pensar sin él, vivir sin él. Y termina convirtiéndose en parte de tu misma esencia. Y en ese momento todo ha terminado. Ya no hay espacio para los sueños, ni tiempo para las ilusiones. Ya no eres nadie. Y aunque las apariencias son de normalidad, en realidad sólo eres un borracho embriagado, sin voluntad, sin fe, sin esperanzas. Una marioneta movida por sus manos.

Ya he abierto la puerta de la cancela y he pisado la calle. Ya se me ha echado encima, sin pausa, sin darme el más breve respiro. Ya siento la asfixia en mi corazón y el terror en mi alma. Es muy fuerte, su peso es aplastante. Estoy a punto de gritar. Noto el sabor salobre de las lágrimas en mi boca. Estoy llorando, como todos los días. Pero nadie lo ve. Todos pasan a mi lado arrastrando sus propias preocupaciones, sus propias angustias, sus propios problemas, sus propias inquietudes, su insolidaridad, que, a base de ser repetitiva, se va convirtiendo en endémica. Y todo ello sin percatarse, sin tomar conciencia de los peligrosos y terribles brazos en los que se encuentran.

Y lo miro a él y veo en su rostro el rictus desagradable de su sonrisa al sentir como gana, día a día, esta batalla del adocenamiento y la falta de sensibilidad moral, en unos seres a los que él ha conseguido arrastrar al olvido de su propia realidad, explotando sus miedos a mirarse en el espejo de sus propias vidas. Seres que han vendido su alma y se han atrincherado en su propia desidia.

Es el triunfo del vacío, de la irresponsabilidad, del hedonismo desenfrenado. Es la derrota del humanismo, de la esperanza, del auténtico sentido de la vida, de la gozosa expresión del amor.

De pronto, su rostro se ha contraído, y su sonrisa se ha transformado en una horrorosa y triunfal carcajada que me encoje el corazón y hace temblar de miedo mi alma.

Me mira desafiante, seguro de su triunfo. Y me grita desde su boca oscura, vacía, pavorosa:

* Me tienes miedo, ¿verdad?, por eso no te atreves ni a nombrarme. ¡Grita, grita, grita…! ¡Grita a los cuatro vientos mi nombre! ¡Yo tengo el poder! ¡Yo soy el dominador! Yo soy… ¡Grítalo conmigo!... ¡¡EL RUIDO!!